

Resumen del Libro:

“Psicología de la Transferencia” de C. G. Jung.

Álvaro Carrasco

2004

Introducción al resumen

Este es un resumen del complejo, profundo y altamente intuitivo libro de Jung. De la gran cantidad de información e ideas que se presentan he tratado de rescatar los elementos esenciales para comprender el proceso transformativo de la alquimia y su parangón psicológico. Esto, es necesario reconocer, solamente uno de los posibles niveles de análisis que ofrece el texto. Además este texto podría ser parte de un estudio del símbolo, a partir del tratamiento que Jung hace de las imágenes y textos de la alquimia. También podría ser abordado desde el método de investigación, ya que Jung no solamente eleva sus interpretaciones a partir del *Rosarium Philosophorum* sino que hace constantes referencias a diversas fuentes que fundamentan empíricamente sus hipótesis. Un tercer nivel de análisis podría relacionar los procesos alquímicos presentados en el libro con los esfuerzos modernos que estudian el surgimiento del orden desde el desorden, los sistemas que se auto-organizan, y la transformación de la energía; todos temas abordados por la teoría del Caos. Estos posibles niveles de análisis requieren, primero, que exista un buen dominio del aporte de Jung en este tema, por lo que el esfuerzo emprendido, para resumir este libro, adquiere sentido.

Resumen:

Consideraciones preliminares al problema de la transferencia

La importancia de la transferencia lleva a algunos terapeutas a considerar que la transferencia, sino aparece naturalmente, debe ser provocada como pre-condición para el alivio del paciente. Pero el mecanismo psíquico tras la transferencia es el de la proyección, y este movimiento inconsciente no es susceptible a ser provocado. Sería un lamentable prejuicio creer que el análisis de lo inconsciente es un remedio universal y por lo tanto ha de aplicarse en todos los casos. Cuando no es indispensable, más vale no tocar el inconsciente. La actitud consciente tiene ya en sí una alta significación terapéutica y no pocas veces es suficiente para obtener resultados satisfactorios.

Transferencia e influencia inductiva

La transferencia alcanza, a veces tal intensidad, que se puede hablar de una “combinación”. Cuando dos cuerpos químicos se combinan, ambos quedan modificados. Lo mismo acontece en la transferencia. En esta situación se origina un *mixtum compositum* de la salud del

médico con el equilibrio trastornado del paciente que puede tener un alto valor terapéutico. Es inevitable que se produzca cierto influjo del médico, así como cierta perturbación o alteración de su salud. En esta posibilidad de contagio reside un potencial terapéutico y también un peligro que el terapeuta debe ser capaz de enfrentar.

Cuando el médico acoge comprensivamente la angustia anímica del paciente, descubre los contenidos apremiantes de lo inconsciente y se expone a efectos inductivos. Es fácil para el terapeuta reducir esta situación a la repulsión o atracción personal. Lo que ocurre en estos casos es una vinculación inconsciente; paciente y terapeuta se encuentran en una relación fundada en un estado inconsciente común. La comprensión de este fenómeno ofrece una posibilidad terapéutica inestimable, en la que opera la transferencia de la enfermedad al que trata. En tales casos, lo deseable, es que el terapeuta posea mayores posibilidades de tornar conscientes los contenidos constelizados, de lo contrario surge un aprisionamiento bilateral en el mismo estado inconsciente.

Incesto.

En la transferencia los contenidos que se presentan habían sido proyectados originariamente sobre los padres u otros miembros de la familia del paciente. Debido a esto, es común encontrar un aspecto erótico de carácter incestuoso. Mediante la proyección el terapeuta se ve introducido en una atmósfera incestuoso-familiar, y de ello se origina una intimidad irreal sumamente perturbadora que provoca, en ambos, resistencia y vacilación. Resulta de gran importancia el modo en que se interpreta el aspecto incestuoso. La explicación debe variar según las circunstancias de la terapia y el paciente. El erotismo puede estar presente en la transferencia pero no es siempre el único motivo ni el esencial. En la transferencia se da una manifestación de impulsos que no buscan necesariamente su realización concreta sino que se halla ligada con significaciones simbólicas.

La presencia del aspecto incestuoso implica, ante todo, una obstaculización afectiva de la situación terapéutica. En este aspecto se ocultan los sentimientos más secretos, penosos, intensos, delicados, vergonzosos, angustiosos, agresivos, inmorales, y el mismo tiempo, más sagrados, que configuran y proveen de fuerza invencible la multiplicidad indescriptible e inexplicable de las relaciones humanas.

De la Nigredo terapéutica al sí mismo integrado.

El comienzo de la relación se caracteriza por las paradojas positivo-negativo, confianza-angustia, esperanza-recuerdo, afecto-resistencia. Es el amor y odio de los elementos, que los alquimistas parangonaron con el caos original del mundo.

Otro momento en la terapia se da cuando la aparente unidad del paciente se resquebraja a consecuencia del choque con lo inconsciente. Mientras el paciente puede pensar que algún otro es culpable de su deficiencia, logra salvar la apariencia de su unidad. Pero cuando se da cuenta que el mismo arrastra una sombra, que aloja “en su propio pecho” al enemigo, entonces comienza el conflicto, y lo uno se convierte en dos. En esta disyuntiva incluso lo “otro”, como poco a poco se torna manifiesto, constituye una dualidad y hasta una

multiplicidad de pares contrapuestos lo que trae como consecuencia el “oscurecimiento de la luz”, esto es una depotenciación de la conciencia y una desorientación respecto del sentido y la orbita de la personalidad. Este es un pasaje tan oscuro que el paciente se ve impelido con frecuencia a aferrarse al médico. Esta situación es difícil para ambas partes, y ocurre no pocas veces que el terapeuta, lo mismo que el alquimista, no sabe ya distinguir si es él el que opera los elementos o si bien es su propia persona la que arde dentro del fuego. En tales casos sólo los conocimientos del médico iluminan apenas la densa oscuridad del fenómeno.

La *nigredo* de la relación terapéutica se da como resultado de una conversación preliminar e introductiva que, en cierto momento, “toca” lo inconsciente y establece la identidad inconsciente entre paciente y médico. Este instante puede ser percibido y registrado conscientemente, pero a menudo es inconsciente y la vinculación sobreviniente se advierte solo después y en forma indirecta por sus efectos. En ocasiones surgen hacia esa época sueños que señalan la aparición de la transferencia. La constelización de lo inconsciente se revela como un factor peligroso. Surge un oscurecimiento de la situación, que precisamente corresponde a la naturaleza del contenido inconsciente: éste es negro y oscuro, y además de ello cargado de peligrosas tensiones contrapuestas. A partir de este estado se inicia una transformación hacia el ser que siendo una sola cosa constituye una dualidad. En múltiples formas y mediante innumerables procedimientos intenta, el alquimista, hacer de lo doble uno.

A veces la *nigredo* inicial se posterga luego de un período prolongado, que se suscita por una resistencia violenta del paciente, acompañada de angustia, contra los contenidos activados de lo inconsciente. Tales resistencias tienen su lógica por lo que no es posible, en ninguna circunstancia, desecharlas sin más ni más mediante la persuasión u otro método de sugestión. Estos son mecanismo de defensa de vital importancia contra contenidos que suelen ser poderosos y difíciles de dominar.

Lo inconsciente activado en la relación terapéutica aparece como una confusión de contrastes que suscitan la tentativa de conciliar los contrarios. La terapia persigue que el paciente se reconozca; que de la multiplicidad surja una unidad que no es ya el yo anterior en su ficción, sino otro yo, que se designa mejor con la expresión del “sí mismo”.

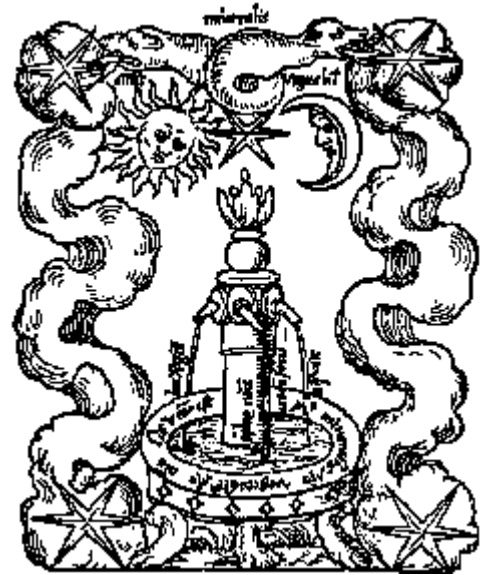
Las primeras indicaciones de una futura composición de la personalidad aparecen en el sueño o en la imaginación activa bajo la forma de la simbólica mandálica. Sin embargo, los primeros signos de este símbolo de unidad no significan, durante un largo período previo, que ya se ha alcanzado la unidad. De la misma manera que el producto final de la alquimia sigue revelando siempre una escisión radical, así también la personalidad unificada nunca pierde del todo el sentimiento doloroso de su “naturaleza dual”. La liberación total de los sufrimientos de este mundo debe quedar como una ilusión.

Capítulo I. La fuente de Mercurio

Esta imagen indica el proceso transformativo. Comienza con los 4 elementos separados (el estado de caos inicial representado por las estrellas en las esquinas), se eleva hacia los tres modos de aparición del mercurio (que emana de los 3 tubos de la fuente), alcanza luego la forma del sol y de la luna, los que merced del amor logran vencer el odio de los elementos, y finalmente la quinta esencia.

El numero cuatro representa el estado pluralista del hombre que no ha alcanzado la unidad interior, esto es, el estado de la falta de libertad, de la no identificación consigo mismo, de la dispersión, del desgarramiento en tendencias contrapuestas; es decir, una situación penosa, no resuelta, que busca la unidad, la conciliación, la libertad, la curación, o sea, la integridad.

Psicológicamente, la trinidad corresponde a la necesidad, el deseo, el impulso, la agresión y la resolución voluntaria; la dualidad, a la reacción del sistema psíquico en conjunto a la impulsión o decisión de la conciencia, la que por sí sola se perdería en el vacío si no consiguiera vencer la inercia de la totalidad del hombre y abrirse paso a través de toda la indolencia y demás resistencias siempre presentes. Gracias a tal empuje, sucesión y realización, se origina el acto y solo así aparece el hombre como una totalidad viviente y como unidad.



Capítulo II. Rey y Reina.

Esta imagen representa la *coniunctio Solis et Lunae* como la unión suprema de los opuestos enemigos. El encuentro directo tomándose de la mano izquierda que indica el carácter afectivo e incestuoso de la relación. Compensatoriamente actúa el ademán de las manos derechas. Sostienen una figura formada por 5 flores. Las ramas sostenidas en las manos forman una cuaternidad que hacen referencia a los 4 elementos, 2 activos: el fuego y el aire; y dos pasivos, el agua y la tierra. La 5ta flor la trae, desde arriba, la paloma del Espíritu Santo y representa la 5ta esencia.



Las 3 ramas recuerdan a los tres tubos de La Fuente de Mercurio; hacen referencia también a los 3 seres que engendran la rosa: rey, reina y la paloma del Espíritu Santo. El mercurio transmuta de metal a espíritu; en esta forma el mercurio tiene una triple naturaleza: masculina, femenina y divina. Esta triple naturaleza corresponde al hombre primitivo de naturaleza hermafrodita encerrado en la *physis*, el *anthropos*, el hombre redondo, es decir, perfecto de los tiempos primigenios y últimos. Es la integridad del ser humano, que se encuentra allende

la división sexual, o que solo puede recobrase mediante la composición y conjugación de lo masculino y lo femenino.

La intervención del Espíritu Santo descubre, en el sentido oculto del contacto incestuoso mediante las manos izquierdas, un símbolo de la *unión mystica*. El incesto representa la unión con la esencia propia, la individuación o el devenir uno mismo. Esta simbología del incesto es una etapa inmediatamente posterior a la idea primigenia de la autofecundación, o sea, la unión de lo semejante.

Esta situación ilustra lo que ocurre en la transferencia. A la situación convencional sucede una “familiarización” inconsciente del interlocutor, mediante la proyección de las imágenes de las fantasías infantiles (y arcaicas) que al principio se hallaban corporizadas en miembros de su familia y lo ligaban a sus padres y hermanos. La transferencia al médico las encauza hacia la intimidad familiar, lo que si bien es bastante indeseable, representa sin embargo una conveniente materia prima para la obra posterior. El tratamiento de la transferencia es una ocasión singular e inapreciable para retraer las proyecciones y compensar las pérdidas substanciales e integrar la personalidad.

Se tiende a identificar las figuras del rey como la pareja masculina en la situación transferencia y la de la reina como la mujer. Pero esto no es así, ya que el rey corresponde a una proyección del *animus* de la mujer y la reina al *anima* del hombre. Este entrecruzamiento parece estar sugerido por las flores en cruz. Esto muestra que las figuras del *Rosarium* son de carácter arquetípico; lo cual también se delata en la condición real de las figuras.

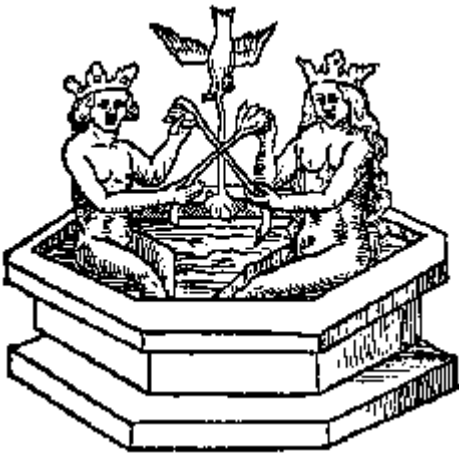
Capítulo III. La verdad desnuda.

. El Sol dice: “Oh, Luna, permíteme ser tu esposo”. La Luna dice: “Oh, Sol, he de prestarte justa obediencia”. La paloma es descrita como “espíritu que unifica”. La aparición de la paloma le da a esta situación un elemento adicional al erótico: la unificación en el espíritu. Con ello coincide perfectamente una particularidad esencial de la imagen: el contacto con la mano izquierda ha desaparecido. Ya no hay 5 sino 3 flores, ya que los pares de elementos contrapuestos se han unido.

Hombre y mujer se enfrentan, aquí, de modo abierto y natural. Con ello el hombre aparece tal como es y muestra aquello que antes estaba oculto bajo la máscara de la acomodación convencional, es decir, la sombra. Esta es integrada al yo, por conciencialización, y merced a eso se efectúa una aproximación a la totalidad. La totalidad no constituye un estado perfecto, sino una integridad. Por la asimilación de la sombra el hombre se torna en cierto modo corporal y con ello aparece también su esfera de impulsividad animal. El problema es: ¿Cómo puede el hombre convivir con su sombra sin que de esa convivencia surja una serie de desdichas?



Capítulo IV. La inmersión en el baño.



El líquido es el mercurio que simboliza el inconsciente. El rey y la reina descienden hacia el inconsciente. En lo alto la pareja se haya unida por el símbolo y el Espíritu Santo. Parece que en el baño se produce la unificación en el plano inferior que se produce dentro del agua como contraposición al espíritu. Esta aproximación del hombre a la *phycis* (el agua), amenaza con aprisionarlo, imagen arcaica que atraviesa como *leitmotiv* todo la alquimia. En la forma moderna esta etapa corresponde a la conciencialización de las fantasías sexuales y a una correspondiente coloración de la transferencia.

Capítulo V. La “Coniunctio”.

El rey y la reina quedaron sumergidos bajo el mar, esto es, volvieron al estado caótico originario, a la *massa confusa*. La *physis* aprisionó al hombre en el más apasionado abrazo. En este acto se engendra el *filius philosophorum* o *lapis*. Éste es, en rigor, el sentido propio de la *coniunctio*: determinar el nacimiento que representa la Uno y lo unificado.



En una consideración superficial de la imagen diríase que se trata del triunfo del impulso natural. Pero si examina el dibujo más de cerca, se observa que la cohabitación tiene lugar en el agua, por tanto en *mari tenebrositatis*, esto es, en lo inconsciente.

Esta interpretación encuentra apoyo en una variante de la imagen (a la izquierda) que también se encuentra en el *Rosarium*. Aquí también el sol y la luna se hallan en el agua, pero ambos están provistos de alas. Representan, por tanto, el *spiritus*, esto es, el ser aéreo o el pensamiento. Como se deduce de los textos, el sol y la luna son dos vapores que se van desarrollando poco a poco merced al fuego



gradualmente intensificado, y se elevan como si tuvieran alas sobre la materia. No se trata sino de una solución hirviendo, en la cual las dos sustancias se unen.

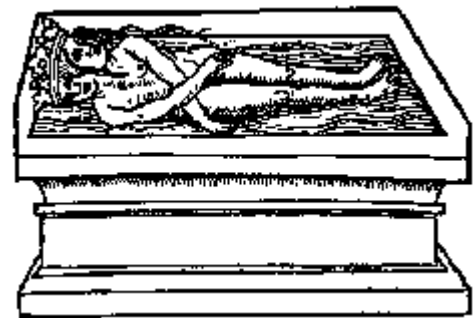
La imagen de la unión biológica ha de ser interpretada como símbolo de la *unio oppositorum* en sentido más elevado. Con ellos se declara por un parte que la unión de los opuestos resulta tan esencial en el arte regio como la cohabitación para el entendimiento común, y por otra parte gracias a eso el opus ofrece analogía con la naturaleza, con lo cual la energía instintiva se transforma al menos parcialmente en una actividad simbólica. Merced a la creación de analogías semejantes, el instinto y la esfera biológica quedan liberados de la presión de los contenidos inconscientes.

En este momento en la situación terapéutica surgen fantasías, que si se dibujaran, apenas si se distinguirían de la unión de los cuerpos que presentan las imágenes alquimistas. En ocasiones surgen imágenes oníricas de concepción.

En el inicio de la secuencia de imágenes los figuras humanas representaban sin duda dos elementos, luego forman uno solo (integración de la sombra), y finalmente los dos juntos con el tercero (la flor) se convierten en una totalidad. Lo que se persigue es un enlace en la identidad inconsciente, que se ha podido comparar con el estado del caos primitivo y originario o de la *massa confusa*, esto es, de la acertadamente llamada "*participation mystique*". Como mecanismo la *coniunctio* no se diferencia de eso, pero sí en cuanto al hecho de que no constituye ningún estado natural originario, sino que es el resultado de un proceso o el objetivo de un esfuerzo. De todos modos, no es sino esto desde el punto de vista psicológico, pero por lo común resulta impremeditado, y es combatido vigorosa y conscientemente por el médico de orientación biologicista. Se habla por ello de "disolución de la transferencia". A veces una vía para deshacer la transferencia consiste en que la proyección del paciente se oriente hacia otro objeto; sin embargo esto no siempre es posible ni necesariamente lo mejor. Cuando de hecho la situación es tal que ninguna otra posibilidad se ofrece y que lo inconsciente insiste en la conservación del vínculo, el "tratamiento" del caso debe proseguir manteniéndose a la expectativa. Cabe la posibilidad que la disolución aparezca en un momento posterior, pero también es posible que surja un "embarazo" psíquico cuya terminación natural debe ser esperada con paciencia, o que se trate de un destino que se admite o se trata de eludir con razón o sin razón.

Cap. VI. La muerte

Surge, después de la *coniunctio oppositorum*, una calma semejante a la muerte. Esto es, que cuando los contrastes se unen, se aquieta toda energía: desaparece el desnivel. No es posible evitar la impresión de que la muerte es, en cierto modo, un castigo (tácito) por el incesto cometido, pues "la muerte es el premio del pecado". Esto explicaría el "gran pesar" del alma, y asimismo la negrura que se menciona en las variantes de nuestra imagen. Que esta negrura es inmundicia, resulta evidente por la ablución que se hace necesaria luego (imagen siguiente). La *coniunctio* fue, como incesto, culpable y resultó de ella una impurificación. La elevación que comenzó con el baño nupcial condujo, pues, hasta el fondo más bajo de la muerte, las tinieblas y la culpa.



Según se ha visto, se verifica en la *coniunctio* la unión de dos figuras; esto es en el plano psicológico, la unión de la conciencia y lo inconsciente. Este último es siempre proyectado, ya que es imposible verlo directamente, porque no forma parte, como sombra, del yo, sino que es colectivo. Debido a eso se lo siente extraño y se supone que pertenece a aquellas personas con las que existe alguna vinculación emocional. Además, lo inconsciente del hombre tiene un signo femenino; se oculta, por decirlo así, en su lado femenino, que él no percibe como tal, sino que lo encuentra del modo más natural en la mujer que lo fascina. En cuanto se produce entre el hombre y la mujer una identidad inconsciente de cualquier género,

él adquiere los rasgos del animus de ella, y ella los del anima de él. Es importante percatarse que la *coniunctio* no se verifica con el compañero personal, sino que representa un juego regio entre lo activo-masculino de la mujer, o sea el animus, por una parte, y lo pasivo-femenino del hombre, es decir el anima, por la otra. El pensamiento de que en definitiva se trata de una unión transubjetiva de estructuras arcaicas debe mantenerse siempre presente a los actores del juego regio, sin que se olvide nunca que la relación es de naturaleza simbólica y que tiene por objeto el logro de la individuación.

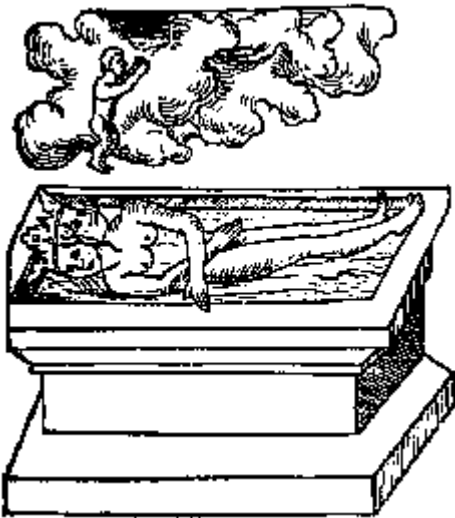
El objetivo esencial del *opus* psicológico es la concientización, esto es, en primer lugar el volver conscientes los contenidos hasta entonces proyectados. Este empeño conduce gradualmente al conocimiento de los otros hombres así como al de sí mismo y con ello a la diferenciación entre aquello que uno es realmente y aquello que en él se proyecta, o lo que uno se figura de sí mismo en la fantasía. El impulso natural es restablecer la pareja real que todo hombre posee en su totalidad, ese hombre primigenio bisexual que “no necesita más que a sí mismo”. Cuando aquella tendencia aparece, el hombre se encubre en su simbólica incestuosa, pues lo femenino más próximo a un hombre es su madre, su hermana, o su hija, cuando no lo busca en si mismo.

Con la integración de las proyecciones, que el hombre puramente natural, en su ingenuidad espontánea no puede conocer por tales, se dilata hasta tal punto la personalidad que el yo normal en gran medida desaparece, es decir, que se origina una inflación positiva o negativa, cuando uno se identifica con los contenidos integrados. En el primer caso se da algo aproximado a un delirio de grandeza más o menos consciente, en el segundo se experimenta como una aniquilación del yo, o bien los dos estados se alternan. En todos los casos la integración de los contenidos que siempre habían sido inconscientes y proyectados implica una seria lesión del yo. La alquimia expresa tal situación mediante el símbolo de la muerte, la herida o el envenenamiento.

Con la aparición anticipada del hermafrodita se ofrece también al adepto el aspecto halagüeño. Esta muerte no es final, sino un estado intermedio, al que ha de seguir una nueva vida. Ninguna vida nueva puede originarse, afirman los alquimistas, si antes no se ha extinguido la vieja. El cadáver que queda de la fiesta es ya un cuerpo nuevo, esto es, un hermafrodita. Por ello aparece en las representaciones alquimistas una mitad cuerpo masculino y otra femenina. Y como el hermafrodita resulta ser el buscado *rehis* o *lapis* representa el ser para cuyo engendramiento se acomete la obra. Mas no se ha alcanzado aún el fin propuesto mientras el *lapis* carece de vida. Traducido al lenguaje psicológico, este mitologema quiere decir: la unión de la conciencia, o de la personalidad yoica con lo inconsciente personificado como anima, engendra una nueva personalidad, que engloba a los dos componentes. La nueva personalidad no es, de ningún modo, un tercero entre lo consciente y lo inconsciente, sino que es estos dos juntos. Es trascendente a la conciencia, y por tanto ya no debe calificarse de yo, sino de sí-mismo.

Cap. VII. La ascensión del alma.

Aquí todo se disuelve y el alma asciende al cielo. Es una sola alma la que se desprende de los dos, que evidentemente se tornaron uno. Lo uno que ha brotado de los dos es su estructura transformada, que aún no ha llegado a ser, sino que solamente está concebida.



Pero contrariamente a lo que se debería esperar en una concepción, el alma no desciende para animar a un cuerpo, sino que abandona a éste para ascender.

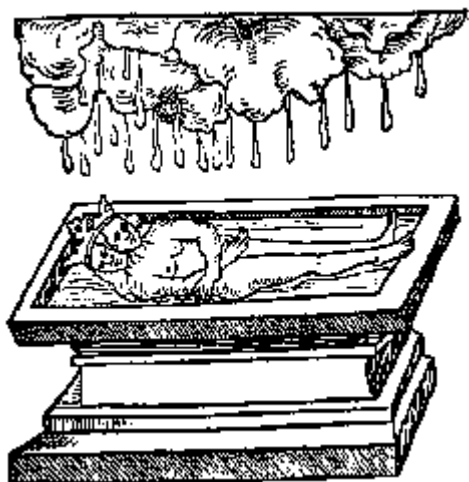
La correspondencia psíquica es un oscuro estado de desorientación.

La separación de los elementos significa una disociación y disolución de la conciencia del yo existente hasta entonces. El estado de ánimo de esta fase corresponde a lo que los alquimistas denominaban la nigredo, un estado de oscuridad en que reside el germen de la vida. La analogía con un estado esquizofrénico es evidente, y es un hecho que debe tomarse en serio cuanto que es éste precisamente el instante de la concientización de lo inconsciente colectivo, del no-yo psíquico; es el momento en que pueden aguzarse psicosis latentes. Esta disolución que suele durar con frecuencia mucho tiempo, junto con la desorientación de la conciencia, pertenece a las etapas más difíciles del tratamiento analítico. La disolución y la desorientación implican, pues, un estado no libre de impulsividad y falta de control, un estado sin alma, de abandono a los afectos y fantasías autoeróticas.

El cadáver en cuanto resto de lo que ha sido representa al hombre tal como existió hasta ese momento y que está condenado a la desaparición. Según indica el procedimiento alquimista, se ha cortar los miembros, dividirlos en trozos aun más pequeños y quitar la vida a las partes y transformarlas en la naturaleza, que en ella está contenida (la sustancia arcana). La sustancia valiosa (el alma) amenaza evadirse de la solución hirviente en que se dividen los elementos. Pero debe ser retenida con el “agua” (en la forma ígnea del agua verdadera). En estas palabras hay como una indicación de la terapéutica necesaria: la orientación del médico debe ser mantenida contra la desorientación, esto es, que debe saber lo que este estado significa y contener los contenidos valiosos de los sueños precisamente con el *aqua doctrinae* adecuada a la naturaleza de lo inconsciente, o sea, con interpretaciones e ideas que satisfagan la simbólica de lo inconsciente. Las teorías intelectualistas o las llamadas científicas no son adecuadas a la naturaleza de lo inconsciente, puesto que se sirven de un idioma conceptual que no tiene ninguna semejanza con la simbólica expresiva de lo inconsciente. No debe por tanto perderse demasiado en lo abstracto y lo intelectual, siendo lo mejor que la interpretación permanezca dentro del marco del mitologema tradicional, que ya dio pruebas de la amplitud de su naturaleza. Mediante la comprensión queda integrado lo inconsciente y con ello se origina gradualmente un punto de vista más elevado que sustituye a ambas, el consciente y el inconsciente.

La representación del alma como *homunculus* indica que constituye ya la etapa preliminar del *filius regius*, por tanto del hombre primigenio unificado en sí mismo (hermafrodita), el anthropos. Así como éste había caído originariamente en el poder de la *physis*, ahora se vuelve a elevar, liberado de la prisión en el cuerpo mortal. Emprende una suerte de viaje al cielo, con lo que une a sí las “fuerzas de arriba”. Él es la fuerza esencial de lo de “abajo”, que tiende a elevarse de abajo arriba, pero no para quedarse en el cielo, sino para reaparecer sobre la tierra como potencia curativa, instrumento de inmortalidad y perfección, como mediador y salvador.

Capítulo VIII. La purificación.



A la nigredo sigue la albedo. La negrura, o sea el estado inconsciente, que fue resultado de la unión de los opuestos, alcanza un punto de máxima profundidad que es al mismo tiempo un punto crítico. La sumersión en un inconsciente cada vez más profundo es seguida por una iluminación desde arriba. El regreso del alma se anuncia mediante la humedad del rocío. La caída del rocío es un signo precursor del próximo nacimiento divino. Es la luz que surge después de las tinieblas, la iluminación después del oscurecimiento. La precedente unión de los opuestos determinó que a la oscuridad se agregara también la luz, la cual, como siempre ocurre, procede de la noche. Gracias a esta luz se tornará visible entonces cuál era el verdadero sentido de la unión de los opuestos.

La negrura de la oscuridad es eliminada con el *aqua sapientiae*, esto es, con la *scientia nostra*, en otros términos, con el don otorgado por Dios del Arte regio y su conocimiento. La limpieza significa, como se ve, la separación de todo lo superfluo que se adhiere a la totalidad de los productos meramente naturales, en especial modo la separación de los contenidos simbólicos de lo inconsciente, que para el alquimista se proyectaban en la materia. Esto es lo que se llama en el laboratorio la “*extractio animae*”, y lo que en el terreno psicológico se podría definir como la elaboración de la idea. La tarea requiere, como se sabe, una problemática o hipótesis previa o presupuesta, esto es, cierta base conceptual mediante la cual pueda ser “apercibida”. Este supuesto es para el alquimista *su aqua (doctrinae)*, por lo común ya existente, o la *sapientia*, inspirada por Dios, la que también se obtiene mediante el aplicado estudio de los libros alquimistas clásicos. Es fácil, por tanto, caer en la tentación de tomar al conocimiento filosófico por el supremo bien. De ahí la referencia a los libros que (en esta fase) deben ser rotos, esto es, evitados, a fin de que, como dice el texto, “no se quiebre el corazón”. En el terreno psicológico el paralelo de esta actitud sería el tomar por fin de la obra la concienzialización de los contenidos inconscientes y eventualmente su valorización teórica. Mas una actitud que quiera tomar en cuenta lo inconsciente así como al prójimo, no puede descansar sólo sobre el conocimiento que se compone exclusivamente de intelecto e intuición. Le faltaría la función de los valores, o sea el sentimiento, y la consideración de la realidad, el “sentir”. Los alquimistas presentían, al parecer, el peligro de que la realización quedara estancada en cierta función consciente. Por ello destacaban la importancia de la *theoria*, esto es, de la comprensión intelectual frente a la práctica, que podía conformarse con la mera experimentación. Esto último correspondería a la percepción pura, la que debe ser completada con la apercepción. Pero tampoco la segunda etapa implica una realización total. Falta todavía el corazón, esto es, el sentimiento, que confiere a lo comprendido un valor relacional. Por tanto, los libros deben ser “destruidos” a fin de que el pensar no perjudique al sentimiento, pues de lo contrario el alma no puede volver.

La psicoterapia conoce bien esas dificultades. Con frecuencia ocurre que el paciente se conforma con la mera percepción de un sueño o de una imagen de la fantasía, sobre todo en aquellos casos en que tiene una propensión al esteticismo en sentido lato. Hasta se opone a la comprensión intelectual, que se le presenta como una ofensa a su realidad anímica. Otros persiguen la captación por el pensamiento y tienden impacientemente a pasar por alto la

etapa del puro acontecer. Y una vez que han comprendido les parece como si con ello se hubiera hecho bastante para la realización. Que también deban tener una relación sentimental con sus contenidos se les antoja extraño y hasta absurdo. La comprensión intelectual así como el esteticismo originan el sentimiento tan engañoso como seductor de liberación y superioridad, que amenaza con malograrse por la intervención de un sentimiento exaltado. Esto último no implica sino cierta sujeción a la existencia y al sentido de los contenidos simbólicos y por tanto también una vinculación de los mismos a la actitud ética, de la cual el esteticismo y el intelectualismo de buena gana querrían liberarse. Esta situación es una *crux* para los psicoterapeutas, sobre todo para aquellos que todavía estiman que la elucidación y comprensión intelectual, o hasta la mera recordación, bastan para la cura. Los alquimistas pensaban que para la “obra” no son suficientes el laborar, el leer libros, la meditación y la paciencia, sino que también hace falta el amor. Hoy hablaríamos de «valores de sentimiento” y de una realización por el sentimiento.

La *mundificatio* (limpieza) significa una discriminación de lo confundido, es decir, de la *coincidentia oppositorum* en la que se encuentra involucrado el individuo. El hombre racional de este mundo debe distinguirse de aquello que es, por decirlo así, “en la eternidad”. Al mismo tiempo que individuo único representa también al “hombre” en general y participa de todo aquello que mueve a lo inconsciente colectivo. Si se asimila lo inconsciente hasta el punto de que toda resolución dependa de éste, entonces el yo queda ahogado y nada queda ya en lo cual lo inconsciente pueda ser integrado o realizado. La distinción entre el yo empírico y el del hombre universal y “eterno” es por tanto de una importancia absolutamente vital, particularmente ante las amenaza de masificación de la personalidad. La masificación no proviene solamente del exterior, sino también de adentro, de lo inconsciente colectivo.

En la alquimia la purificación se lleva a cabo mediante una destilación múltiple; en la psicología por medio de una separación también igualmente radical del hombre consciente de toda mezcla inflativa de lo inconsciente. Esta tarea requiere un minucioso examen de la conciencia moral y una auto-educación, que aquel que los ha verificado en sí mismo, también puede proporcionarlos a otro. El proceso de diferenciación psicológico es una tarea nada fácil, que exige prolongada paciencia. Un análisis semejante no es posible, como lo evidencia la simbólica alquimista, sin la relación con otro ser humano. Una “comprensión de los propios errores” general, académica, resulta ineficaz, pues en tales circunstancias no aparecen verdaderamente los “errores”, sino su representación. Pero la comprensión se torna profunda allí donde se presentan realmente en relación con el prójimo y se hacen visibles al uno y al otro. Sólo entonces pueden ser realmente experimentados y conocidos en su verdadera índole. Así también, resulta poco o nada eficaz por lo común la confesión que se hace uno a sí mismo, mientras que cuando, por el contrario, ello ocurre ante otra persona, cabe esperar una eficacia mucho mayor.

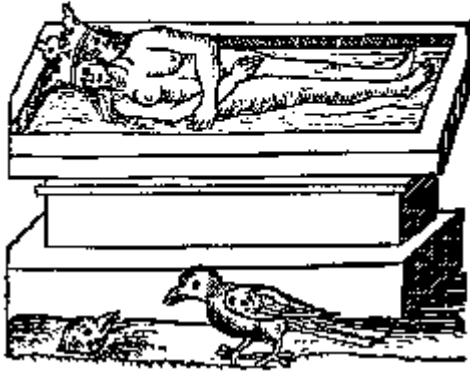
Cap. IX. El regreso del alma.

En virtud de la anterior *mortificatio* y esta etapa de *sublimatio*, el cuerpo adquiere una forma quintaesencial, esto es, espiritual; el cuerpo alberga al espíritu que llega hacia sí desde lo alto. Del cielo desciende el alma, la unificadora de ambas figuras, para reanimar al cadáver.

Los dos pájaros de la parte inferior izquierda representan la conocida alegoría de los dos dragones, uno alado y otro sin alas, el pájaro antes y después de empezar a volar. Esta alegoría es una de los numerosos sinónimos de la doble naturaleza del mercurio, es decir, de su esencia ctónica y neumática. Si este par de opuestos aparece separado en la imagen, quiere decir que si bien el *hermaphroditus* está unificado y hasta vivo, el conflicto de los contrastes de ningún modo se encuentra definitivamente apaciguado o eliminado. Está



desviado hacia "la izquierda" o hacia abajo" esto es, relegado a la esfera de lo inconsciente, lo que atestigua igualmente la representación teriomórfica de los contrastes (en lugar de la antropomórfica anterior).



El "alma" que vuelve a unirse con el *corpus* es lo Uno que nace de lo Dos, un vínculo común a ambos. El alma aparece por tanto como una esencia de relación. Como representante de lo inconsciente colectivo, el anima psicológica posee asimismo la propiedad de lo "colectivo". Lo inconsciente colectivo es algo que tiene existencia general y evidente, por lo que dondequiera que surja ocasiona una identidad inconsciente, una *participation mystique*. Mientras que la personalidad consciente se encuentra cautivada en ésta y no opone

ninguna resistencia a su inclusión, la relación del anima se personifica (por ejemplo, en el sueño) como una personalidad parcial relativamente autónoma, que desarrolla influjos sobre todo perturbadores. Pero si mediante una crítica prolongada y radical, y una disolución de las proyecciones, se efectúa una diferenciación entre el yo y lo inconsciente, el anima cesa gradualmente de ser una personalidad autónoma. Se convierte cada vez más en una función de relación entre la conciencia y lo inconsciente. Mientras es proyectada, origina mediante ilusiones de toda especie inacabables confusiones en los hombres y las cosas. Al suprimirse la proyección, se vuelve a convertir en lo que fue antes, es decir en una imagen arquetípica, que en su lugar debido funciona en provecho del individuo.

El alma que se aproxima a la conciencia del yo en el *opus*, posee, en el hombre, el signo femenino, y en la mujer el masculino. El anima del hombre busca la unificación y la conjunción, el animus de la mujer quiere distinguir y conocer. Se trata de una estricta oposición que en el *rebis* de los alquimistas, como símbolo de una unidad trascendental, representa una *coincidentia oppositorum*; pero en la realidad de la conciencia, que gracias a la *mundificatio* anterior ha quedado libre de mezcla inconsciente, señala una situación de conflicto, aunque la relación consciente de los dos individuos sea armónica. Pues aun en el caso de que la conciencia no se identifique con la tendencia de lo inconsciente, se ve enfrentada sin embargo por ella, y de algún modo debe tomarla en consideración, a fin de que participe de la vida del individuo, por gravoso que ello resulte. Si no se permite que lo inconsciente se exprese de alguna manera, sea por medio de palabras, actos, preocupaciones, padecimientos, cuidados, oposición, etc., aparece de nuevo la escisión anterior con todas las consecuencias frecuentemente imprevisibles que puede acarrear la falta de atención a lo inconsciente. Si, por el contrario, se le concede demasiado, se origina una inflación de la personalidad en sentido positivo o negativo. De cualquier modo que se encare constituye siempre un conflicto. De ese estado, que no obstante su incomodidad es necesario consentir, todos tratamos de escapar, para luego descubrir que a quien hemos dejado atrás es a nosotros mismos.

Capítulo X. El nuevo nacimiento.



Esta figura es la décima de la serie, lo cual de ninguna manera constituye una casualidad, puesto que el denario representa la cantidad perfecta. El denario aparece como resultado final y en virtud de la conclusión de la "obra". El diez, representa la unidad en una etapa más alta, la divinidad. El denario significa propiamente el Hijo de Dios; los alquimistas lo llamaron el *filius philosophorum* y también, en la época medieval, se identificó con Cristo. El sí-mismo como el hombre más vasto e intemporal corresponde a la idea del hombre primigenio, que es completamente redondo y bisexual debido al hecho de que representa una integración mutua de lo consciente y lo inconsciente.

A partir de este Uno y por medio de él llegó a ser todo. Es el *ouroboros*, que se fecunda a sí mismo y nace de sí mismo, un *increatedum*. La *perfectio operis* conduce a la idea de un ente altamente paradójico que hace mofa de todo tratamiento racional. No obstante ello, este final de la "obra" es inevitable, desde que la *complexio oppositorum* tampoco pudo conducir a ninguna otra cosa que a una inconcebible paradoja. Desde el punto de vista psicológico esto únicamente quiere decir que la totalidad del hombre sólo puede ser descrita por medio de antinomias, lo cual ocurre cada vez que se trata de una idea trascendental.

El antiguo alquimista vislumbra que este ente paradójico se halla vinculado con él mismo, pues nadie puede ejercer tal arte si no es con ayuda de Dios y merced a una visión profunda de sí mismo. Gracias a su posición entre los cuatro principios del mundo, el hombre contiene en sí un equivalente del mismo, en el cual los elementos desiguales se hallan enlazados. Es el microcosmos en el hombre, aquel algo en el hombre que es tan general y tan vasto como el mundo, y que se alberga en él de un modo natural y no adquirido. Psicológicamente corresponde a lo inconsciente colectivo, cuya proyección encontramos por doquier en las representaciones alquimistas.

¿Por qué el objetivo tan ansiado de los esfuerzos alquimistas fue concebido bajo un símbolo tan monstruoso y horrible como el hermafrodita? Las figuras alquimistas provienen de la noche, la negrura, el veneno y el mal. Este origen tenebroso explica en gran parte la deformidad del hermafrodita, pero no del todo. Lo inmaduro y embrionario de este símbolo expresa la inmadurez del espíritu alquimista, cuyo desarrollo, por más de un motivo, no correspondía a lo arduo de su misión; en primer lugar, se ignoraba la naturaleza de la combinación química, y por otra parte no se veía en absoluto el problema psicológico de la proyección y de lo inconsciente. Todo eso se encontraba oculto aún en el seno del porvenir. El desarrollo de las ciencias naturales llenó el primer vacío y la psicología de lo inconsciente se esforzó en llenar el segundo. Si el aspecto psicológico hubiera sido comprendido por los alquimistas, estarían en condiciones de liberar su símbolo unificador de su aprisionamiento en el sexualismo natural, donde la mera naturaleza, no secundada por el entendimiento crítico, mal que bien hubo de dejarlo abandonado. La naturaleza no podía decir nada más ni nada mejor que el que la unión de los opuestos supremos es un producto híbrido. Con ello, el enunciado quedaba inseparablemente unido a lo sexual, como ocurre siempre que las

posibilidades de la conciencia no vienen en ayuda de la naturaleza, y no podía suceder de otro modo en la Edad Media, dada la completa falta de una psicología.

El problema que los alquimistas no pudieron resolver se formula de nuevo, y es el siguiente: ¿cómo se ha de explicar y eventualmente superar el dualismo profundo entre hombre y mundo? Así es como se plantea la cuestión cuando se la despoja de su carácter simbólico natural y sexual, en el que quedó estancada debido únicamente a que el problema no pudo traspasar el umbral de lo inconsciente. Lo que intenta expresar el alquimista mediante el *rebis* y la cuadratura del círculo, y el hombre moderno mediante las figuras del círculo y la cuaternidad, significa una integridad que une en sí los contrastes, con lo cual, si no resuelve el conflicto, al menos le quita su agudeza. Estas imágenes son, como es natural, anticipaciones de una totalidad que en principio sólo es alcanzable aproximadamente. En el fondo implican siempre, desde luego, una referencia al sí-mismo, que contiene y ordena dentro de sí todos los contrastes, pero constituyen en primer lugar una mera indicación de un orden posible dentro de la totalidad.

Bibliografía

Jung, C. (1978). *La psicología de la transferencia*. Buenos Aires: Ed. Paidós.